

GITANOS

*La Luna vino a la Fragua
con su polisón de nardos,
El niño la mira, mira.
El niño la está mirando.
En el aire conmovido
mueve la Luna sus brazos
y enseña lúbrica y pura
sus senos de duro estaño.
Por el olivar venían,
bronce y sueño, los gitanos.
Las cabezas levantadas
y los ojos entornados....*

F. García Lorca

Bronce y sueño... los gitanos

Después de esto, poco puedo decir yo de esa raza que es, ha sido y será unos de los encantos de Andalucía. A pesar de sus cosas que nos hacen reír o llorar, a pesar de la gran tragedia que reside en los ojos almendrados que lloran y cantan. Raza misteriosa venida de lejanas tierras, antigua como el mundo, y como el mundo sabia. Tienen tus mujeres, el encanto lejano de los sueños. Como manos que se levantan y quieren agarrar las estrellas para perderse en ellas. Como niñas que lloran, como... ¡tantas cosas!. Para entender esto hay que subir al Monte en una noche clara y ver la Luna «con su polisón de nardos» y perderse entre las pitas, entrar en una cueva y ver a una gitana «llorar por soleares». Sentir como puede entrar en tus venas el hechizo de los siglos y hacerte olvidar que vivimos en la era atómica.

Quizá vendía cacharritos de cobre por las calles, quizá... Pero cuando se ponía su traje de volantes y alzaba sus brazos al cielo, cuando sus pies menudos hechos «con aceituna y jazmín» se movían siguiendo el compás de una guitarra, entonces no era ella. Era el espíritu de la noche, el espíritu de Granada que se asomaba a sus oscuros y se estrechaba en sus manos anhelantes. Y viéndola se piensa en aquella Soledad Montoya que cantó García Lorca.

Las piquetas de los gallos
bajan buscando la aurora,
cuando por el monte oscuro
baja Soledad Montoya.
Cobre amarillo, su carne
huele a caballo y a sombra.
Yunques ahumados, sus pechos
gimen canciones redondas.
Soledad ¿por quién preguntas?
¿sin compañía y a estas horas?
Pregunte por quien pregunte,
dime; ¿a ti que se te importa?
Soledad de mis pesares,
caballo que se desboca
al fin encuentro la mar
y se lo tragan las olas,

¡Que pena tan grande, corro
mi casa como una loca
mis dos trenzas por el suelo
de la cocina a la alcoba.
¡Que pena. Me estoy poniendo

de azabache, carne y ropa.

¡Ay mis camisas de hilo!
¡Ay mis muslos de amapola!
Soledad lava tu cuerpo
con agua de las alondras
y deja tu corazón
en paz, Soledad Montoya.

Y la gran tragedia de Andalucía sigue día tras día, año tras año. Los versos de García Lorca la ha reflejado como nadie y en el corazón de la noche Granadina se oye el lamento de Antoñito el Camborio Cuando el murió se acabaron los gitanos...

¡Ay Antoñito el Camborio
digno de una Emperatriz!
Acuérdate de la Virgen
porque te vas a morir...

Y Federico, recoge su último suspiro... y lo trasplanta a unos versos inmortales. Y los gitanos siguen su camino. Un camino lleno de aventura, de pasión, de dicha...

Sobre el rostro del aljibe
se mecía la gitana.
Verde carne, pelo verde,
con ojos de fría plata.
Un carambano de Luna
la sostiene sobre el agua.

Y el Sol les da su luz, el aire les presta su aroma, y el Dauro corre para ellos tras la torre altiva de la fortaleza morisca. Su color, es como un grito en la magia andaluza.

Para los barcos de vela
Sevilla tiene un camino
En los ríos de Granada
solo raman los suspiros.

Suspiros que son como el alma gitana, aprisionada en sus aguas, dormida en su soledad eterna, en su eterno misterio. Y la Alhambra, parece mecer a los gitanos entre sus brazos verdes...

Verde que te quiero verde
Grandes estrellas de escarcha.
Viene con el pez de sombra
que abre el camino del alba.

Y ellos nos dan a cambio, algo que ya escasea en el mundo de hoy. Un poco de ilusión, de poesía. Y la gente los mira un poco despectivamente, sin saber que tras sus caras serias esta la vieja sabiduría de los siglos. Pero a que hablar más de ello. ¡Son gitanos!,

ARBECA

En las comedias al estilo de Alfonso Roure, uno de los personajes solía apostrofar a otro: «*Què vens d'Arbeca?*», queriendo indicar con ello que el apostrofaado era un zafio patán.

Viajando por la Cataluña Oriental puede oírse de vez en cuando exclamaciones de reconvencción o desagrado similares «*Sembla que vinguis d'Arbeca!*»

Qué pasa con Arbeca? Es, por lo visto, sinónimo de «pelo de la dehesa». Por qué? Ignoro el origen de tan peyorativa apreciación. Por mi parte conozco bien el pueblo de Arbeca, uno de esos pueblos del Llano de Urgel, polvorientos o enlodados, con mucha mula y no menos tractor, con mucha cuadra y no menos almacén, con harto biello y no menos cosechadora, trilladora y desmotadora.

El fenómeno que está viviéndose en el Urgel de quince años a esta parte es algo que escapa a los límites de esta nota pero del que, de uno u otro modo, hay que dejar constancia. La transformación de los medios de cultivo ha sido tan radical, tan progresiva —en el sentido moral del vocablo— que causa admiración en sí y por los resultados a que abocó. Así, Arbeca, uno de los pueblos de esa avanzada, pasa a ser sinónimo de adelanto, de explotación racional, de iniciativa económica y de prosperidad por corolario. Los arbequinos se han despabilado. Y si vienen de Arbeca, vienen sabiendo lo que quieren y adónde van.

Arbeca tiene el honor de haber dado nombre a la más estimada variedad de aceituna del mundo: la oliva arbequina, sin rival posible. Es una aceituna menuda, esférica, cargada de zumo, sin apreciable grado de acidez, que secreta, al ser prensada, un jugo espeso, una grasa con cuerpo y densidad. Una vez decantado, ese aceite es insustituible en la industria de conservas y para los aderezos de comida en fresco; y el humilde y mediterráneo huevo frito alcanza, escarchado en él, calidades de joya gastronómica.

Los arbequinos, y con ellos sus congéneres del llano, saben muy bien valorar ese prestigio. Así, durante la celebración de un partido de fútbol en Barcelona, en que uno de los bandos pertenecía a un pueblo leridano, unos espectadores se entretuvieron apostrofaando a los jugadores forasteros —que, los pobres, además, perdían— diciéndoles que si venían de Arbeca, y que si se volverían a Arbeca con siete goles encajados, etc... Así todo el partido. Terminado éste, dos payeses contiguos a los gritones les tocaron levemente la espalda y les dijeron cazurramente: «*Si, però l'oli us l'acarenem a trenta pessetes!*»

Cuidado, pues, con Arbeca...

J. V. A.